

Entrevista a Valeria Llobet sobre primera infancia

Valeria Llobet

Profesora de la Universidad de San Martín, Argentina.

Correo electrónico: v_llobet@yahoo.com.ar

¿Qué desafíos analíticos presentan los estudios de primera infancia?

Al procurar analizar la problemática de la infancia temprana es necesario, desde mi punto de vista, considerar el problema teórico y político del cuidado, como aquel conjunto de prácticas que se dirigen a mantener la vida del niño o niña, y que usualmente se organiza a partir del conocimiento socialmente significativo, tradiciones y representaciones sobre y prescripciones de, el conocimiento científico. Prefiero identificarlo como cuidado antes que crianza porque con este último término en general se alude a las prácticas desplegadas por aquellos adultos que se ocupan de manera específica de unos niños determinados, y que sucede en el ámbito familiar. El término cuidado, en cambio, ayuda a desnaturalizar la idea de que es sólo o privilegiadamente en la familia en que esto acontece.

La conceptualización del cuidado se inscribió en primer lugar como problema de orden moral cuestionando el marco de la psicología del desarrollo. Así, Carol Gilligan desplegó, a partir de sus investigaciones, una concepción sobre un modelo de razonamiento ético ligado al pensamiento concreto y a las situaciones específicas, desarrollado primariamente por las mujeres, y que no se instalaba como una instancia jerárquicamente inferior a una lógica abstracta y general, asociada al tipo de razonamiento utilizado por los varones y concebida desde una perspectiva piagetiana como el máximo estadio de desarrollo moral.

A pesar de los cuestionamientos que recibió el planteo original de Gilligan, no obstante fue fructífero en permitir el desarrollo de dos campos entrelazados de estudios, uno vinculado a la ética y la filosofía política, desde el cual se vincula al cuidado con sus componentes de índole moral y se analiza su vinculación con la ciudadanía. Y el otro que lo asocia al análisis económico y visibiliza

el carácter de reproducción de subordinaciones de género y étnicas que se despliegan alrededor de las tareas de cuidado. En efecto, se señala cómo las tareas de cuidar son peor pagas y realizadas sistemáticamente por mujeres, etnias subordinadas o migrantes.

Enfocar en el problema del cuidado al analizar la primera infancia puede reponer la perspectiva relacional que muchas veces se echa en falta en las investigaciones del campo de estudios de infancia. En particular, tal vez permita resolver el problema de la naturalización del cuidado y la reificación de un ideal maternal altruista, que termina oponiendo los intereses y derechos de los niños a los de sus madres.

¿Es el cuidado una práctica maternal?

El cuidado siempre es una práctica que se hace con o sobre otro, de quien se supone que necesita el cuidado. En este sentido, hay un proceso central que es de interpretación, en un marco interrelacional que puede ser considerado intersubjetivo, y cuyo centro es el de la construcción de las necesidades a ser satisfechas.

Históricamente, no obstante, estas prácticas que han naturalizado como propias de la “esencia” femenina, en particular ligada a la construcción de la “buena madre”. Por lo mismo, aparecen como algo que se vincula con el amor y con un saber instintivo, que permitirá tratar a las mujeres que no lo cumplen de acuerdo a las convenciones y expectativas, como “desnaturalizadas”, “abandónicas”, etc. De este modo, la afectivización y la maternalización del cuidado implica que quienes cuidan sean vistas como seres con vocación o instinto, y por lo mismo, que estas tareas supongan innecesario la profesionalización.

La idea de necesidad es usada como algo que es propio del sujeto cuidado, y que quien cuida puede “leer” dado su conocimiento instintivo sobre el bien del niño. En este sentido, el proceso de interpretación de tales necesidades, o como

lo llamaba Piera Aulagnier, de violencia primaria, desaparece detrás de una inmediatez aparente y una reificación de tales necesidades. Desde el campo de la psicología, y en distintas perspectivas teóricas, se abona la imagen, la metáfora o, peor, la atribución causal, de la responsabilidad del cuidado a la mujer. Esta relación se configura como la relación determinante en la constitución y estructuración del niño, y se ubican en ella las causas de sus padecimientos y síntomas.

¿Qué tipo de dimensiones se ponen en juego en el cuidado?

Dentro de la práctica de cuidar a los otros, específicamente a niños y niñas e independientemente del contexto y tipo de relación social que enmarque el cuidado, se siente y piensa que se está haciendo de la mejor forma —lo que sé, seguro es cierto— y se justifican los actos y acciones “por el amor y el bien del niño”, lo que hace difícil que se pueda identificar en el ejercicio cotidiano algo del poder y el control encubiertos de ese amor.

La asimetría inherente de esta tarea, alguien que cuida y otro que “es” o “debe ser” cuidado, conlleva a que se convierta en un campo de disputa en el cual se asume lo que el otro quiere y necesita. Es decir, cuidar implica que un otro asuma que alguien necesita determinados cuidados. Es el cuidador quien da sentido a lo que el otro quiere o necesita. De esta forma, entran en juego tanto las necesidades del cuidador como las del sujeto que es cuidado, así como la interpretación que se hace de las mismas por parte de los sujetos. Del mismo modo, esta práctica se ejerce en un contexto específico lo que afecta igualmente las interacciones y prácticas.

Es decir, quienes cuidan pueden encontrar que su necesidad de cuidarse a sí mismos entra en conflicto con el cuidado que deben dar a otros, o que las necesidades que es necesario satisfacer entran en conflicto entre sí. Quien recibe cuidados puede tener una idea diferente de las necesidades a ser satisfechas, o puede querer direccionar antes que ser receptores pasivos del cuidado que están recibiendo. La forma del cuidado apropiado a cada situación es definida cultural y socialmente. De modo que lo que resulta apropiado en un contexto y para un grupo, no necesariamente lo será para otro.

Por otra parte, tradicionalmente se ha invisibilizado la vinculación de los cuidados

infantiles con por ejemplo las instituciones educativas, y se ha supuesto que cuidado y educación se encuentran en oposición. Se jerarquiza institucionalmente la educación respecto del cuidado, en parte en razón del involucramiento corporal que tienen las prácticas de cuidado, las que tienden a minimizarse o a involucrarse de manera diferente si se trata de prácticas educativas. Por su parte, al ser tomado por las políticas sociales, en la actualidad tiende a ubicarse al cuidado dentro de los espacios de desarrollo social y a la educación formal en los ministerios de educación, de manera que el “cuidado” además de ser unas prácticas desarrolladas por subordinados, parece estar tendiendo a enfocarse también en sujetos subordinados: las instancias de cuidado parece que están pasando a ser a ser la educación inicial “de segunda” para los niños y niñas de sectores populares.